

ró su triunfo, sosteniendo los intereses de la misma contra sus propias inclinaciones, y practicando aquella política á la par modesta y severa, reservada é independiente, que no parece pertenecer sino al jefe de un senado aristocrático, puesto al frente de un Estado antiguo. Triunfo raro, que honra igualmente á Washington y á su país.»

En efecto, tuvo la purísima gloria de triunfar mientras gobernó, y de hacer posible en lo sucesivo el triunfo de sus adversarios, sin turbar el Estado. El pueblo norte-americano se gobierna desde entónces por sí mismo. Tal fué el sublime objeto de Washington, y lo consiguió. Ningun otro ha visto tan de cerca y tan pronto su triunfo. Ningun otro ha poseído como él hasta lo último la confianza y la gratitud de su país, justa recompensa de sus nunca bastante ponderados merecimientos.

El día 8 de febrero de 1797 quedó elegido el que habia de tener el honor de sucederle.

La víspera de dejar la presidencia, escribió al general Knox, diciéndole: «Me comparo ahora con el cansado viajero que consigue llegar al término de su jornada, pero es sensible que algunos no me hayan permitido retirarme en paz. Interpretar torcidamente mis intenciones, reprobar mi política y debilitar la confianza que se tuvo en mi administracion, son cosas que no podian ménos de hacer los que tanto ansiaban un cambio en nuestro sistema político. Sin embargo, el consuelo que me queda de haber obrado con rectitud y el aplauso de mi país, es lo bastante para que no me alcance su aguijon y se reconozca que los esfuerzos de mis enemigos son tan malignos como impotentes. Aunque me halaga la idea de ir á descansar en la tranquilidad de mi retiro, y no deseo tomar parte otra vez en la vida del gran mundo, ni intervenir tampoco en la política, no deja sin embargo de causarme sentimiento el separarme, quizá para siempre, de los íntimos amigos á quienes tanto amo.»

El día 4 de marzo entregó á su sucesor las riendas del gobierno, y simple particular, dirigióse á su modesta morada de Monte Vernon, donde le siguieron las bendiciones de todos los pueblos. Aunque quiso hacer su viaje de incógnito, no pudo conseguirlo, y todas las personas más notables del territorio de su tránsito, se apresuraron á ofrecer nuevos testimonios de respeto y admiracion al que desde el nacimiento de la república todos consideraron como *el primero en la guerra, el primero en la paz, y el más querido de sus conciudadanos.*

Aquí puede decirse que termina la vida política de Washington. La historia no ofrece nada más bello. General mientras fué necesario fundar la libertad de su patria por medio de las armas, empleó en afirmarla, durante la paz, todo el prestigio que le dieron sus servicios militares, sin que jamás tratase de volver contra sus conciudadanos la espada que desenvainó para defenderlos. Sobrado modesto para solicitar los más elevados puestos, se mostró demasiado digno de ocuparlos.

Por aquel mismo tiempo,—observa un notable historiador,—se elevaba en Francia aquel cuyo génio debía dominar en tan alto grado su país y la Europa entera por espacio de quince años. ¡Qué contraste entre aquellos dos grandes hombres! El uno asombró al mundo, el otro le esclavizó; Bonaparte le arrancó su admiracion, Washington obtuvo por último su admiracion y su reconocimiento. Por lo mismo tambien el uno murió pacíficamente en el seno de su patria feliz, mientras el otro, abandonado al fin por la victoria, vió estrellarse contra una roca desierta su deslumbrante trono.

Al dejar Washington la direccion de los negocios públicos quedaba restablecido el crédito en el país, despues de vencer las dificultades que se opusieron á la creacion de impuestos; firmemente establecida la Constitucion, y robustecida la autoridad del gobierno. La riqueza comercial y agrícola progresaba con asombrosa rapidez, y las numerosas tribus guerreras de los indios se habian visto obligadas á firmar la paz, bien por la fuerza de las armas, ó bien principalmente mediante el nuevo sistema de dulzura y de dignidad, empleado por nuestro ilustre héroe, que les protegía contra la codicia de los particulares y les dejaba en la pacífica posesion de las tierras que les garantizaban los tratados.

Por otra parte, quedaban zanjadas las diferencias con España, habiendo obtenido la libre navegacion del Mississippí y el establecimiento de Nueva-Orleans como punto de depósito; desvanecidas las causas que amenazaban comprometer á los Estados-Unidos en una peligrosa guerra con la Gran Bretaña, evacuados los puertos militares que estaban ocupando los ingleses, y, por último, abierto el Mediterráneo á los buques americanos, merced á los tratados concluidos con Argel y Trípoli. Sólo quedaban subsistentes las disidencias con Francia, gracias á los excesivos abusos del Directorio.

La política desatinada de Talleyrand, á la cual fué debido el decreto del 8 de enero de 1798,

declarando buena presa todos los buques neutrales que llevaran á bordo mercancías ó artículos de fabricacion inglesa, causó gran sensacion en el comercio de los Estados-Unidos, y los nuevos ultrajes inferidos por el Directorio hicieron creer en la posibilidad de una guerra.

Washington, á quien, á pesar de hallarse retirado de la vida pública, no dejaba de interesarle todo cuanto tuviera relacion con el bienestar de su patria, no podia permanecer indiferente á los acontecimientos, y desde luégo expresó su aprobacion á las vigorosas medidas adoptadas para la defensa del país.

Como se podia esperar, tan pronto como se previó que tal vez fuese necesario apelar á las armas para hacer que se respetaran los derechos y el honor nacional, todos pensaron en el retirado de Monte Vernon para confiarle el mando del ejército, y entre otros su sucesor le escribió una carta, en la cual le decia: «Es muy importante para nosotros contar con vuestro nombre, y si nos permitís usarlo, creed que esto será para nosotros más eficaz que todo un ejército.»

Washington contestó:

«En la época en que me retiré, una invasion de estos Estados por una potencia europea, ó áun la probabilidad de semejante acontecimiento en mis días, me hubiera parecido una cosa tan improbable que no podia suponer que en tan corto período ocurriera un hecho que me obligara á separar la vista de las sombrías alamedas de Monte Vernon. Pero esto semeja la época de los milagros, y no parece sino que la injusta y aturdida Francia, meditando proyectos que no está á nuestro alcance comprender, trata de sacrificar á sus propios hijos y turbar la paz de todo el mundo.

»Al pensar en el pasado y en el presente, no me es fácil resolver satisfactoriamente acerca de la determinacion que me convendria tomar; pero en el caso de que invadieran el país fuerzas formidables, no trataria de escudarme con mis años y la necesidad de entregarme al reposo si la patria necesitara de mis servicios. Si se espera semejante acontecimiento, lo cual debe saber mejor el gobierno que los particulares, podria ser peligroso un retraso, que no justificaria medida alguna de prudencia. No puedo, sin embargo, creer que cuidándose tan poco los franceses de los tratados y de las leyes de las naciones, y aunque sean capaces de cualquier injusticia ó despotismo, se atrevan á invadir este país despues de haber visto que el pueblo está

dispuesto á resistírseles áun cuando sea á costa de sus vidas y haciendas. Comprendo que los franceses han llegado á creer, por lo que dicen sus partidarios entre nosotros, que somos un pueblo dividido, que no apreciamos á nuestro gobierno, y que la presencia de algunas fuerzas seria suficiente para provocar una revolucion. No sé hasta qué punto podrá influir en ellos semejante creencia; pero más pronto ó más tarde será forzoso que se desenganen. Si el Directorio resuelve que se nos ataque, más bien calificaré su determinacion de locura que de maldad.

»Una vez expuesta mi opinion sobre este punto, sólo me resta añadir que los que me conocen saben muy bien que si una necesidad imperiosa me indujera á dejar una vez más la tranquilidad de mi retiro para lanzarme á la espinosa senda de la vida pública, precisamente en días en que más necesito entregarme al reposo, experimentaria sensaciones más fáciles de concebir que de expresar.»

Al propio tiempo escribió al Secretario de la Guerra ofreciéndole sus consejos é indicándole las medidas más convenientes que debian tomarse en tales circunstancias; pero ántes que sus cartas llegaran á la residencia del gobierno, ya se le habia nombrado general en jefe de los ejércitos de los Estados-Unidos, cuyo nombramiento aprobó el Senado por unanimidad en 3 de julio de 1798.

Washington aceptó el cargo con dos condiciones: que se le autorizara para nombrar los primeros oficiales, y que no se le llamara al campamento hasta que la situacion del ejército ó cualquiera circunstancia imprevista exigiera su presencia.

Además añadió que no necesitaba auxilio alguno para organizar el ejército, renunció á los honorarios que por su empleo le correspondian, como siempre hizo, y escribió una carta al presidente en la que se leian las siguientes expresivas frases: «Creedme, amigo mio, ninguno puede aprobar más sinceramente que yo las prudentes y sábias medidas de vuestra administracion, que en mi concepto deben inspirar general confianza, y combinadas con el actual orden de cosas, bastarán para que el Congreso dicte las leyes más oportunas, á fin de hacer frente á la crisis que atravesamos. Convencidos de que, deseando evitar la guerra, habeis apurado hasta el último extremo los medios de conciliacion, podemos apelar al Todopoderoso, que conoce la justicia de nuestra causa,

confiando siempre en esa Providencia Divina que tan señaladas muestras de protección ha dado hasta aquí al pueblo de los Estados-Unidos.»

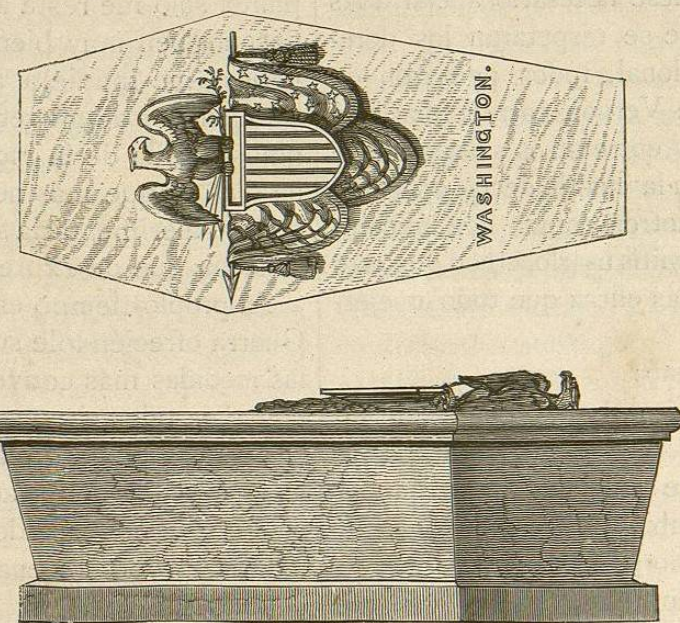
Poco despues se trasladó á Filadelfia, y ocupóse con su acostumbrada actividad de la organización del ejército. Desde entónces puede decirse que la mayor parte del tiempo lo dedicó á los asuntos de la milicia, demostrando su mucha experiencia y gran conocimiento de la materia, en su continuada y extensa correspondencia con el Secretario de la Guerra y otros jefes y oficiales.

Nunca creyó formalmente que los franceses

llegaran al extremo de invadir los Estados-Unidos; pero siempre fué una de sus máximas que el prepararse para la guerra es el medio más seguro de conservar la paz, y en aquella ocasion procuró obrar con tanta prontitud y energía como si el enemigo se encontrase ya amenazando la costa.

Despues de haber llenado las atenciones anejas á su cargo, volviése á Monte Vernon, para aguardar allí, entregado á los trabajos agrícolas y ocupado en atender á las numerosas visitas que recibia diariamente, el giro de los acontecimientos.

El Gobierno habia insistido en entablar ne-



Sarcófago de Washington, en Monte Vernon

gociaciones á fin de arreglar las diferencias entre ambos países, y Washington esperaba ansioso el resultado. No sabia que la Providencia tenia dispuesto que no se vieran cumplidos sus patrióticos deseos; estaba muy léjos de presumir que no debia llegar á ver la conclusion de la paz, que era uno de sus mayores anhelos, siempre que tuviera efecto en las condiciones dignas y levantadas que dejaran á salvo el honor nacional.

El 12 de diciembre de 1799, Washington salió á caballo, á fin de dar algunas instrucciones sobre el mejoramiento de sus tierras. El tiempo estaba lluvioso, y la nieve, cernida por el viento, cubria las copas de los árboles y alombraba los campos de brillante blancura. Al regresar Washington á su casa, su ropa estaba empapada de agua, y la nieve cubria su cabeza. No hizo ningun aprecio de ello, y al dia siguiente volvió á salir, á pesar de caer la nieve mucho más espesa y con mayor abundancia.

Pero al poco rato experimentó cierta aspereza en la garganta y sintióse atacado de una tos violenta, lo cual le hizo conocer que se habia constipado. Nunca pudo creer que de aquello que consideró como cosa muy leve, pudiera resultar alguna grave consecuencia, y pasó la tarde con su familia sin el menor cuidado, retirándose á la hora acostumbrada.

Durante la noche, sintióse atacado repentinamente de una inflamacion en la tráquea, acompañada de aguda fiebre, dolores en la garganta y dificultad en la respiracion. A peticion suya le hizo una sangría un cirujano, y se opuso á que se llamara al médico hasta que llegara el dia.

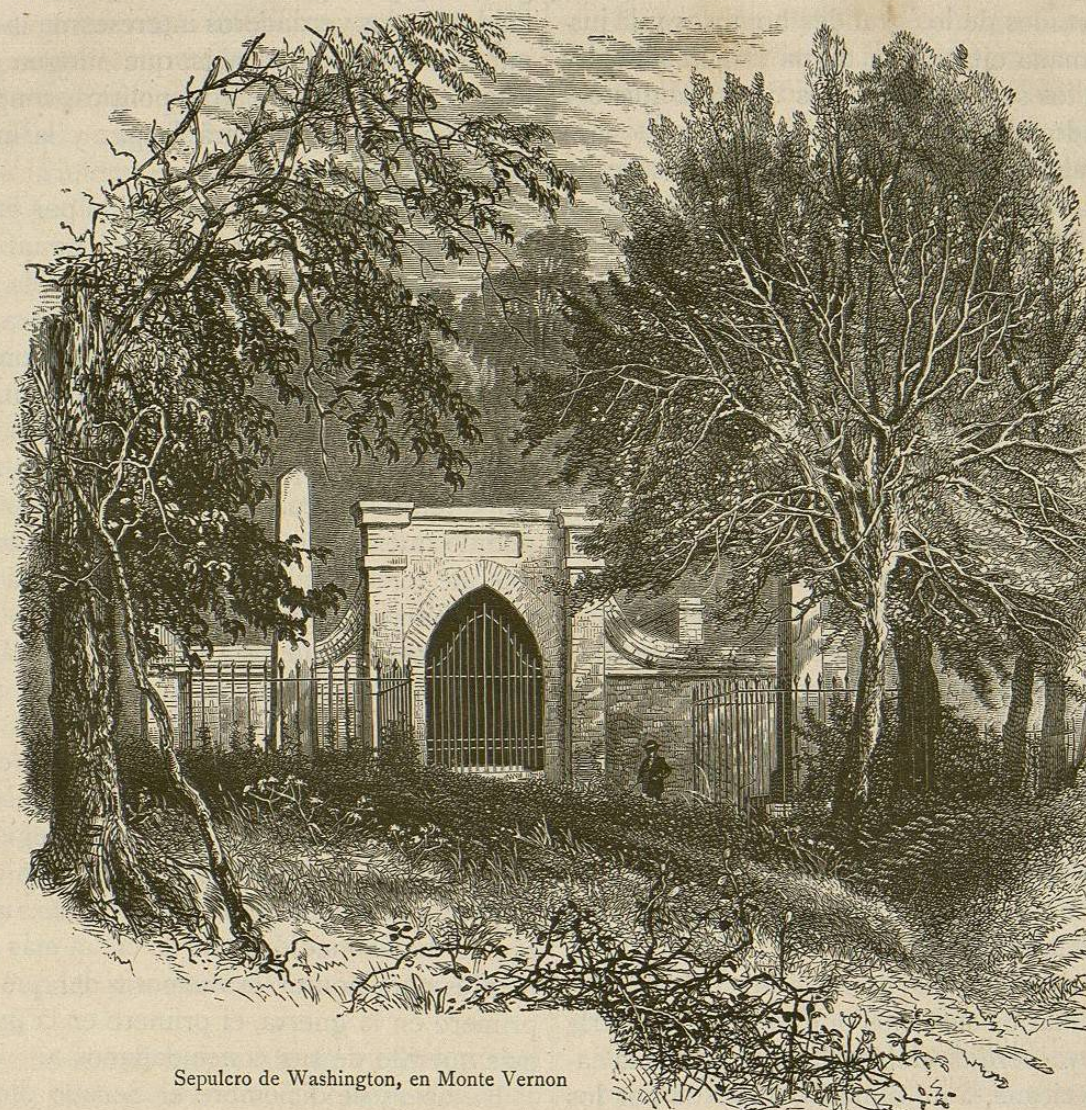
Serian las once de la mañana, cuando llegó de Alejandría el doctor Craik, y alarmado al ver los síntomas que se notaban en el ilustre paciente, pidió que se le permitiese tener una consulta con el doctor Brown y el doctor Dick, que habitaban cerca de Monte Vernon. Dichos

facultativos agotaron todos los recursos de su ciencia; pero pronto comprendieron que eran inútiles, por la rapidez con que iba agravándose el enfermo.

Washington conoció que no podia salvarse y si se sometió á las prescripciones de los facultativos,

más bien fué porque se creyó en tal deber que porque concibiera la menor esperanza.

Cuando llegó la noche, se desnudó, metióse en la cama, y haciendo un esfuerzo para hablar dijo al doctor Craik, que sostenia su agobiada cabeza: «Doctor, conozco que ha llegado mi



Sepulcro de Washington, en Monte Vernon

última hora...; pero no temo morir...; no tardaré en exhalar el último aliento.» Despues, aunque le costaba bastante trabajo hablar, dió gracias á los médicos por sus buenos servicios y extremadas atenciones, y pidió que le dejaran morir tranquilo. Nada quedaba, por lo tanto, que hacer, y la atribulada familia y afectados amigos, esperaron la hora fatal con ansia desgarradora.

Por último, entre diez y once de la noche espiró el ilustre padre de la patria, á los sesenta y ocho años de edad, sin que hubiese perdido un solo momento sus facultades intelectuales, y dando pruebas en su penosa, aunque corta enfermedad, de su gran resignacion y profunda fe cristiana.

El 18 de diciembre de 1799 fueron depositados los restos mortales de aquel grande hombre en la tumba de su familia, acompañando el cortejo fúnebre las compañías militares de los alrededores, é inmensa multitud de entristecidos ciudadanos.

La patria habia perdido uno de sus más nobles, más rectos, más valerosos y ardientes hijos y eminentes hombres de Estado; el más distinguido de sus defensores, el que más contribuyó á su libertad é independecia, aquel á quien en primer lugar debian los Estados-Unidos la salvacion de sus más caros intereses, la consolidacion de sus instituciones, *el primero en la guerra, el primero en la paz, y el más querido de sus conciudadanos*, segun la elocuen-